

RACHEL SCHMIDT, *Forms of Modernity: "Don Quixote" and modern theories of the novel*. University of Toronto Press, Toronto, 2011; 403 pp.

Si en una primera lectura se tuviera que enlistar en orden de importancia los conceptos básicos que toca este libro, se pondría, en primer lugar, sin muchas vacilaciones, la obra de Cervantes. Una lectura más atenta dejaría espacio a la duda. El estudio de Rachel Schmidt ofrece un despliegue de conceptos históricos, filosóficos, teóricos y literarios que oscilan, danzan y se preceden unos a otros para revelar que la modernidad es una superposición de fenómenos que conviven caóticamente para constituir un mundo hostil, extraño y múltiple: nuestro mundo moderno.

Schmidt desarrolla las ideas filosóficas y sobre el género novelesco que articularon Frédéric Schlegel, Georg Lukács, Hermann Cohen, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Mikhaíl Bakhtín. Estas seis figuras, fundamentales en el desarrollo del pensamiento moderno, reflexionan sobre el papel del individuo en su mundo. La autora inicia la investigación trazando una línea que parte de Kant y su *Crítica del juicio*, esencialmente de la noción subjetiva del "gusto o placer"; continúa en el pensamiento de Fichte, Schelling y Schopenhauer (el llamado Idealismo alemán) y finaliza con las reflexiones de Schlegel sobre la importancia de la novela como un género capaz de mostrar lo propio del Romanticismo y la vida moderna del siglo XIX. Según Schlegel, son tres los elementos que definen el curso de su época: la Revolución francesa, la teoría del conocimiento de Fichte y el *Wilhelm Meister* de Goethe. La Revolución francesa facilitó un cambio en la concepción de la historia como devenir, cuyas posibilidades dependían directamente de la acción del hombre. La teoría del conocimiento de Fichte, por su parte, puso en primer plano la noción de "reflexionar sobre el hecho de reflexionar" que, a su vez, daba lugar a una nueva concepción crítica del pensamiento del individuo. Esta fusión entre la Revolución francesa y la *teoría del conocimiento* de Fichte permitió que se concibiera un mundo basado en la libertad, la diversidad de los individuos y la multiplicidad. La novela se convertía, según Schlegel, en el único género que puede contener todo tipo de temas y recursos, con lo que podía a su vez mostrar, más que ningún otro, el mundo moderno.

A partir de allí, Schmidt expone la visión que algunos filósofos tienen sobre la novela y de qué manera ésta puede afrontar los problemas de sus respectivas sociedades. Georg Lukács, por ejemplo, concibe que lo propio de su sociedad es la alienación del individuo. En este sentido, la novela, en su estructura formal, permite situar aquellos significados perdidos en el mundo real. Si la condena del hombre es el paso del tiempo, la estructura de la novela es, según Lukács, el espacio propicio en el que los protagonistas superan, por medio de la

memoria, las limitaciones temporales del mundo real. El neokantiano Hermann Cohen, por su parte, establece que sólo en la literatura se logra el imperativo categórico kantiano de ver a los individuos como fin en sí mismo y no como medios. Aún más, el arte y la novela son importantes, porque gracias a ellos es posible imaginar una condición en la que el individuo no esté gobernado por el poder arbitrario. La novela, como dijo en su momento Schlegel, es capaz de contener la multiplicidad del mundo. Según Cohen, su estructura es movimiento continuo hacia un punto al que nunca se llega; lo propio de la novela no es el límite, sino la dirección infinita.

La novela se convierte en el género por excelencia, que permite a los filósofos cuestionar y actuar de manera crítica frente a los problemas sociales del mundo moderno. El elemento fundamental de su inherencia crítica –que podemos rastrear en el pensamiento de los filósofos estudiados– es, según Schmidt, la ironía. La ironía permite, de acuerdo con la teoría de Schlegel, reflexionar sobre el acto de reflexionar. En Lukács, es un acto de autorreflexión que desdobra los personajes: uno pasivo que vive los hechos (personaje) y otro activo que reflexiona sobre la realidad de ese personaje (el narrador). Este proceso permite la consecuente objetivación de la perspectiva individual, en su origen subjetiva. Para Cohen, lo propio de la ironía no es el escepticismo, sino más bien que propicia la lectura crítica. Ortega ve en la ironía el instrumento que puede revelar la falsedad del espejismo que las novelas de aventuras suscitan; y, en el pensamiento de Bakhtín –dedicado a la polifonía y en contra del discurso oficial monológico– la ironía es posible si se establece primero una relación social dialógica entre aquel que critica y el sujeto a quien se dirige la observación irónica. El elemento irónico es central en estos pensadores, pues pone de relieve la actitud crítica necesaria para enfrentar los problemas del mundo moderno. Aquí es donde la novela de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, se convierte, según la autora, en el primer modelo moderno que, por medio de la ironía, muestra y a su vez critica las condiciones del hombre moderno occidental.

Don Quijote, hombre solitario, aislado en un mundo al cual no sentía pertenecer, representa el choque entre el individuo y la sociedad moderna. Para Miguel de Unamuno, el personaje de don Quijote lucha consigo mismo, no por imponer su voluntad, como sí lo hace el superhombre nietzscheano. Don Quijote es el héroe que se mantiene fiel a su verdad aun si ésta contradice el sentido común de la sociedad. El problema planteado por Cervantes, y que también vive la sociedad moderna es, según Unamuno, haber confiado ciegamente en la razón y el pensamiento, y olvidar la vida del hombre que, en su condición corpórea, actúa siempre como reacción ante el temor a morir. En su obra *El sentimiento trágico de la vida* desarrollará la idea de que lo propio de la vida es lo irracional y antirracional. En este senti-

do, el hombre moderno se perpetúa en una lucha constante en torno a lo que cree debe ser (la razón) y lo que es (lo irracional). Don Quijote es el héroe trágico –o tragicómico–, pues, en su locura, combate contra un mundo fenomenológico, que no coincide con el suyo. El resultado de esta colisión, entre la locura y la realidad, es cómico. Al situarnos como lectores frente a ambas perspectivas, podemos ver la multiplicidad que anunciaba Schlegel, el distanciamiento de Ortega y la autorreflexión crítica de Cohen y Lukács. Cohen encontró en Sancho Panza la figura del mediador entre la locura y la realidad. En él, dice, se personifica el problema de la justicia social y el buen gobierno.

La novela de Cervantes renueva el pensamiento filosófico y perfila la nueva mirada crítica de la realidad moderna. Es aquí donde Schmidt percibe que, más allá de crear una teoría de la novela con fines estéticos, los seis filósofos tienen en mente explicar, más bien, la capacidad del género para gestar un pensamiento político capaz de cambiar la organización de la sociedad moderna. Schlegel ve en la novela el recurso para comprender y cambiar el mundo moderno; Lukács, el instrumento para lograr la objetivación que el mundo real no le ofrece; Cohen, el camino hacia la perfección ética y moral; Bakhtín, la oportunidad de presenciar un modelo polifónico del discurso que sirva como contrapeso a la doctrina oficial. Unamuno ve la novela como medio para el crecimiento de la autoconciencia y Ortega encuentra que el análisis y la comprensión del *Quijote* de Cervantes revelarán la esencia incognoscible de la nación española.

Schmidt encuentra, por tanto, que los acontecimientos políticos sembraron en cada filósofo la semilla de sus respectivas teorías de la novela. Lukács en la guerra húngara; Unamuno y Ortega en la dictadura de Primo de Rivera y el franquismo; Schlegel en la enorme esperanza que suscitó la Revolución francesa; Cohen en sus vicisitudes como judío en la cultura alemana, y Bakhtín en la censura cultural del estalinismo monológico. Hacia el final del libro, la autora se pregunta si los filósofos encontraron en la novela un medio para posibilitar la palabra, después del hondo silencio que los terribles acontecimientos bélicos propiciaron. La novela, género *fagocitante* por excelencia, puede absorber en su propia anatomía estructural la crítica, el descontento y la desilusión que provocó la modernidad. Schlegel, Cohen, Lukács, Bakhtín, Unamuno y Ortega y Gasset serían así los teóricos que propusieron el ejercicio de analizar, es decir, llevar a cabo su capacidad crítica para adentrarse en la lucha y la acción política. Que la obra de Cervantes fuese el foco de todas esas teorías es, para Schmidt, algo no solamente lógico, sino previsible. Don Quijote es el héroe crítico que espera cambiar la sociedad moderna que le tocó vivir. De la misma manera, los filósofos estudiados toman fuerza de ese heroísmo y, a su manera, se empeñan, como propósito de vida, en mejorar sus respectivas sociedades.

Parece que Rachel Schmidt busca no sólo exponer un fascinante análisis del desarrollo de las teorías modernas de la novela; ella intenta también, en su acto de escritura, continuar la veta crítica que propone como tema de estudio principal. A pesar de presentarnos una exposición arabesca –a la manera de Schlegel–, se nota en su libro un verdadero esfuerzo por construir una crítica literaria basada en la polifonía de disciplinas (filosofía, historia, literatura). La autora sabe sobrellevar la complejidad del tema, pues cada uno de los capítulos manifiesta un claro deseo de orden, exposición nítida y razonamiento estructurado, que guían al lector de manera rigurosa, pero amable. El libro de Schmidt propone una *crítica de la crítica* del proceso revolucionario de la novela de Cervantes. De esta forma, fiel a sus preceptos intelectuales, logra, a mi modo de ver, una nueva manera de entender el pasado para, a partir de allí, enfrentar los retos que la sociedad posmoderna impone: “Revolutions do not only run forwards, but also look back to the past for lost models that will condemn present practice” (p. 307). Este libro de Rachel Schmidt es una nueva aproximación a la novela de Cervantes que, al mismo tiempo que nos ofrece una lectura de esta famosa obra cervantina, nos permite repensar la filosofía y su relación con nuestra sociedad actual.

MARIANA IGLESIAS
El Colegio de México

NIEVES RODRÍGUEZ VALLE, *Los refranes en el “Quijote”: poética cervantina*. El Colegio de México, México, 2014; 426 pp. (Serie *Estudios de Lingüística y Literatura*, 62).

Nieves Rodríguez Valle organiza, en cinco capítulos, el estudio de esa materia profusa que son los refranes diseminados a lo largo de las dos partes del *Quijote*. Al final, los recoge en un Índice y elabora un Apéndice con los refranes del *Quijote* y su registro en otras fuentes. Es digna de ser mencionada también la vasta bibliografía que recoge fuentes y estudios producidos durante varios siglos.

Así, la investigación inicia con los antecedentes de la manera como se han nombrado esas frases sentenciosas desde la Antigüedad; da cuenta de su uso y andadura en la lengua española hasta llegar a la obra de Miguel de Cervantes. Podríamos llamar a esta sección inicial “la épica del término *refrán*”, porque la autora narra cómo el vocablo, proveniente del occitano *refrahm*, empieza a ser usado en los siglos XIII y XIV y va ganando terreno sobre otras denominaciones (*paremia*, proveniente del griego, *adagio* y *proverbio*, del latín, *fábula*, en la Edad Media) y conquistando su sitio en la cultura escrita hasta formar